

CONSECUENCIAS PSÍQUICAS DE UNA “CASTRACIÓN” EN LA INFANCIA. (1917e).



Sandor Ferenczi.

En mi artículo “Un pequeño hombre-gallo”¹ he descrito el caso de un muchacho que había sufrido en su primera infancia una leve herida al nivel del pene, lo que ejerció en lo sucesivo una gran influencia sobre toda su vida impulsiva y fundamentalmente sobre su desarrollo psíquico; en el mismo trabajo he demostrado la importancia del factor constitucional en la angustia de castración, no desempeñando la vivencia más que el papel de factor desencadenante.

Hace unos tres años, recibí la visita de un hombre al que podemos considerar como el opuesto al pequeño “hombre-gallo”. Cuando todavía no tenía tres años, sufrió efectivamente una castración. No hay que entender por esto una operación en el sentido médico del término, sino una intervención en el pene. El paciente recordaba perfectamente cómo había ocurrido. Tenía dificultades para orinar (debidas probablemente a una fimosis), lo que incitó a su padre, un agricultor rudo y enérgico, a consultar no al médico del distrito como todo el mundo, sino al carnicero judío del pueblo que aconsejó una circuncisión, remedio absolutamente justificado en este caso desde el punto de vista médico. El padre consintió enseguida; el carnicero buscó un enorme cuchillo y procedió a la ablación del prepucio del niño que se retorció ferozmente y tuvo que ser dominado por la fuerza.

Se trata de M. L., un funcionario agrícola croata, que se ha dirigido a mí porque sufría impotencia. Según su relato, ha permanecido soltero y nunca ha mantenido relaciones serias con las mujeres, salvo con prostitutas de baja categoría; sin embargo, ni siquiera con ellas estaba seguro de su potencia; el coraje le faltaba en tales ocasiones. Enseguida se descubrió que la falta de confianza no afectaba tan sólo a su vida sexual sino también al resto de su existencia, lo que explicaba que este hombre, de una inteligencia superior a la normal, no hubiera triunfado ni en el plano social ni en el material.

Como su función no le permitía tomarse excesivas vacaciones, sólo podía venir a verme durante períodos de una a tres semanas y con intervalos muy distanciados, lo que reducía considerablemente el alcance terapéutico del análisis lo mismo que la posibilidad de un estudio psicoanalítico profundo del caso. Sin embargo, el análisis hizo emerger poco a poco bastantes hechos característicos que justifican la publicación del caso.

Durante la primera sesión (podríamos llamar así a cada uno de los ciclos del análisis), fue muy difícil conseguir que el paciente hablara. Su gran resistencia, casi insuperable, se debía a que tenía que reprocharse verdaderos pecados. Tenía una gran inclinación a hacer trampa cuando jugaba a las cartas, no sólo cuando se presentaba la ocasión, sino preparándolo de antemano, trucando el juego. Tras un éxito de esta clase del que sacaba buenas ganancias, a menudo no sentía sin embargo ninguna satisfacción; derrochaba el dinero ganado, bebía sin tregua, y luego se hacía amargos reproches. Nunca fue descubierta su incorrección en el juego, pero alcanzó una mala reputación por otro motivo: se emborrachaba a menudo, se comportaba entonces como un bruto y fraternizaba en su embriaguez con la canalla, de lo que se avergonzaba terriblemente luego, cuando volvía a estar sobrio. Repasando la lista de sus crímenes infantiles, aparecieron algunos hurtos insignificantes; el más audaz fue el robo de la cartera de su padre en el bolsillo del pantalón de éste

1.- “Un pequeño hombre-gallo”, en este mismo volumen.

mientras dormía. El padre era un hombre violento que educaba a su hijo a golpes, bebía mucho y murió en una crisis de etilismo. En este momento apareció el relato de la intervención quirúrgica ya mencionada, que fue ejecutada de forma tan brutal.

Cuando el paciente quedó consolado tras el relato, se manifestó otro aspecto de su vida afectiva; apareció entonces la imagen de un hombre sensible deseoso de amar y de ser amado, dotado para la poesía y las ciencias. Sin embargo, ya se tratara de reconocer uno de sus crímenes o de recitar uno de sus poemas, mostraba siempre la misma reticencia: su voz se apocaba, se ponía a jurar, y se quedaba rígido casi hasta el opistótono como un histérico; sus músculos se contraían al máximo, su rostro enrojecía, sus venas se hinchaban; tras haber realizado la comunicación crítica, se apaciguaba repentinamente y podía enjugarse el sudor angustioso que cubría su frente.

Más tarde me contó que en tales ocasiones sentía una fuerte retracción de su pene y un enorme deseo de agarrar el órgano genital de su interlocutor.

Antes de que se fuera, le expliqué que había vivido toda su vida con la desconsoladora idea de la mutilación sufrida; esto le había vuelto cobarde y había creado en él el impulso de conquistar algunas ventajas aunque fuera con trampas o manejos sucios. El robo efectuado en el bolsillo del pantalón de su padre era sólo la compensación simbólica de la expoliación de que había sido víctima. La retracción del pene que aparecía cuando debía asumir una responsabilidad, aludía a su propia depreciación; el deseo de agarrar el órgano sexual de su interlocutor era una tentativa de liberarse de esta representación torturante al convertirse, de manera fantasiosa, en poseedor de un órgano de valor integral.

En una sesión ulterior, reconoció la existencia, junto a los sufrimientos ya mencionados, de fantasías de un carácter casi mítico que aparecían habitualmente en él cuando se hallaba solo. Se sentía como un águila que volaba hacia el sol con los ojos abiertos. Sin ningún temor, se acercaba al sol y, con su pico acerado, arrancaba un trozo cuyo resplandor palidecía repentinamente como si sufriera un eclipse. Esta fantasía solar simbólica descubría para el iniciado la sed de venganza inextinguible del paciente hacia su padre (el sol) al que deseaba hacer pagar con una mutilación la falta de coraje de su genitalidad debida a él. La comparación con el águila es la figuración de un deseo, una imagen que disimula la conciencia que tiene de su defectuosa erección. Una buena confirmación de esta interpretación solar (sol = padre) nos la proporcionó el propio paciente cuando lamentó una cura de sol como la experiencia más nefasta para su potencia. El puente asociativo entre el sol y el padre lo constituía el ojo brillante y amenazador del padre, quien, durante la infancia del paciente -contrariamente a la actitud audaz de la fantasía-, le obligaba siempre a bajar los ojos.²

Su extraño comportamiento cuando debía comunicar una representación penosa o que, según pensaba, podía desagradar al médico, halló enseguida explicación. La voz apocada, los juramentos, el opistótono, etc., eran tan sólo una manera de revivir inconscientemente la castración y todo su comportamiento durante aquella intervención brutal. Con ocasión de las comunicaciones menos dolorosas, únicamente subsistía la sensación de retracción del pene como alusión a la castración. El precoz choque psíquico había creado un sólido vínculo tanto psíquico como nervioso entre la parte herida de su cuerpo y su vida afectiva (similar al que he constatado en algunas neurosis de guerra), de manera que sus afectos hubieran podido ser escritos mediante la serie completa de las sensaciones de retracción y de castración. Cualquier afecto ulterior excitaba enseguida la llaga aún dolorosa de su psiquismo y la parte correspondiente de su organismo.

El deseo de agarrar, cuando estaba angustiado, un órgano genital ajeno que superara al suyo, puede explicarse de muchas maneras. En primer lugar, obedece al deseo ya señalado de poseer un pene más grande; pero el paciente se servía también de esto como medida de protección contra la reproducción de la castración; tomaba como una fianza el pene de su presunto adversario. (Interpreté del mismo modo su onanismo, que se había prolongado durante un tiempo excesivo). No se atrevía a abandonar su pene y

2.- Puede pensarse que, en general, es el ojo del padre el que proporciona el "tertium comparationis" para que se constituya el símbolo del sol. Bástenos recordar que el "ojo de Dios" está rodeado de rayos. Conozco un hipnotizador profesional que cree deber sus facultades de sugestión a sus penetrantes ojos. En su infancia, se había enfrentado a un padre muy severo y durante tiempo se había entrenado mirando de frente los rayos intensos del sol.

a confiarlo a una mujer desconocida y posiblemente dañina. El complejo de castración tiene un sentido general y puede suponerse que desempeña el papel del móvil en muchos masturbadores.

Tras estos impulsos, descubrí por último fantasías homosexuales pasivas; al estar castrado, el paciente se consideraba como una mujer y deseaba recibir al menos su parte del placer sexual femenino.

Probablemente esta perturbación del desarrollo sexual -sufrida precisamente entre el estadio narcisista y el estadio genital- fue la causa de su extraordinario narcisismo y de sus arcaísmos eróticos anales. Sus ideas sobre esto eran extraordinariamente originales. Me contentaré con mencionar que evacuaba su vientre de manera preferente en un arroyo que pasaba cerca de su domicilio y que durante mucho tiempo seguía el curso de estas partes integrantes de su Yo, de las que sólo se separaba con dolor. Tenía un don especial para reconocer el origen erótico anal de la avaricia; un día, por ejemplo, con ocasión de que su hermana ofreció en su honor una comida que juzgó miserable, le vino la idea de que “su hermana había cogido los buñuelos de carnaval de su ano”.

Al creerse desposeído de su más precioso bien, le horrorizaba cualquier tipo de gasto; en todo se imaginaba equivocado, “herido”, y de aquí derivada su tendencia a engañar a los demás. Presentaba una intensa idiosincrasia respecto al sastre y al peluquero.

No pudimos determinar el momento preciso de la aparición de sus neurosis. Cuando era joven, tuvo durante muchos años el temor a convertirse en epiléptico. Puede presumirse aquí una identificación con su padre que tenía crisis de etilismo, pero el significado ciertamente polivalente de este síntoma no ha sido analizado de manera suficiente.

En la “serie etiológica” de Freud, este caso podría ocupar una situación extrema; es probable que incluso un niño que no presentara ninguna predisposición se hubiera hecho neurótico a consecuencia de tal traumatismo.

Como jefe médico del servicio de neurología de un hospital militar, he podido interrogar a musulmanes bosnianos que fueron circuncidados en su infancia. Supe que en la mayoría de los niños la operación se efectuaba durante el segundo año y no entrañaba ninguna consecuencia neurótica, ni impotencia alguna. Entre los judíos la circuncisión ritual tiene lugar ocho días después del nacimiento del niño. También allí se constata la ausencia de cualquier síntoma parecido a los del paciente. Es posible, pues, que esta intervención no produzca un efecto patológico tardío más que si se practica en la crítica edad del narcisismo.

En este caso y en otros similares hemos de conocer, siguiendo a Freud, el papel predominante de la “protesta viril” en la formación del síntoma. El deseo más ardiente, el más profundo de este paciente era efectivamente el poder ser un hombre; pero no para alcanzar “superioridad”: sino para poder también él, como su padre, amar a una mujer y formar una familia. Por lo demás, no hay que extrañarse de que produzca fantasías no sólo libidinosas sino también egoístas, fantasías debidas al amor propio herido en la circuncisión.

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.